



Eduardo Nicol y Werner Jaeger.

Eduardo Nicol

Enrique Hülsz Piccone

Conocí al doctor Eduardo Nicol en 1974. Él tenía entonces sesenta y siete años, y era profesor emérito desde 1969. Yo tenía veinte años, y comencé a asistir a su curso de Metafísica estimulado por la lectura de *El porvenir de la filosofía*, del que recuerdo que me impactaron profundamente, sobre todo, el capítulo titulado “Calcular no es pensar”, y su “Prefacio del temor”. La lectura despertó mi vocación filosófica, y generó un estado de inquietud y perturbación en mi interior. La experiencia *in vivo*, en el salón 103 de la Facultad, no sólo fortaleció mi primera impresión, sino que marcó el derrotero que habría de seguir mi propia vida a partir de entonces. El tema de que hablaba Nicol en ese curso era la dialéctica (yo lo hice mío, y obtuve el grado de maestro en filosofía con una tesis sobre la dialéctica platónica, que me llevó cerca de diez años completar). Años más tarde, Nicol solía bromear conmigo diciéndome que no era yo quien había elegido el tema, sino que era éste el que se había apropiado de mí.

Nacido en 1907, Eduardo Nicol realizó sus primeros estudios en Barcelona, su ciudad natal, donde fue más tarde secretario de la Fundación Bernat Metge y profesor en el Instituto Salmerón. En 1939, al fin de la Guerra civil, se vio forzado a abandonar su patria, como tantos otros republicanos, a bordo del barco francés *Sinaia*. Ya en la ciudad de México, ingresó, en febrero de 1940, a nuestra Universidad como profesor de la Facultad de Filosofía y Letras, donde obtuvo el doctorado con el que había de ser su primer libro, *Psicología de las situaciones vitales* (1941). En 1946 fundó el Seminario de metafísica, el cual dirigió hasta 1990, y en cuyo seno ofrecía las primicias de un pensamiento siempre lúcido y un incansable oficio de escritor. De la vasta obra que produjo, calificable sin reservas de revolucionaria y original, cabe destacar *La idea del hombre* (1946; nueva versión, 1977), *Historicismo y existencialismo* (1950), *La vocación humana* (1953), *Metafísica de la expresión* (1957; nueva versión, 1974), *El problema de la filosofía hispánica* (1961), *Los principios de la ciencia* (1965), *El porvenir de la filosofía* (1972), *La reforma de la filosofía* (1980), *Crítica de la razón simbólica* (1982), *Ideas de vario linaje* (1990) y *Formas de hablar sublimes. Poesía y filosofía* (1990).

Espléndido orador e inigualable catedrático, durante cinco decenios de servicio universitario a México, Eduardo Nicol fue un gran maestro que contribuyó a la formación de muchas generaciones. Seguramente, lo medular de su enseñanza no hay que ubicarlo dentro de los estrechos límites del ámbito académico —lo que suele llamarse “formación profesional”— sino en algo más profundo y radical: la formación y la

trans-formación *humanas*, el ejemplo vivo de autenticidad vocacional que él siempre encarnó. Al recordarlo ahora, no es inoportuno citar unas palabras suyas, que pronunció en 1989. Agradeciendo a la Universidad en nombre de los profesores republicanos emigrados —que no “transterrados”— concluyó así su discurso:

Yo llegué a esta tierra cuando ya era profesor, pero mi obra entera la he escrito en México. En este sentido específico, cabe decir que aquí me he formado, a la vez que se iba formando la universidad que ahora tenemos. Digo ahora, cuando ya está cercano el fin, que me siento bien pagado si algunos creen que el proceso de esa formación mía personal ha podido contribuir a la otra. En todo caso, fue una tarea gozosa. Hacer lo que uno quiere. Pensar y enseñar a pensar. ¿Qué más puede pedirse?

Salvador Novo

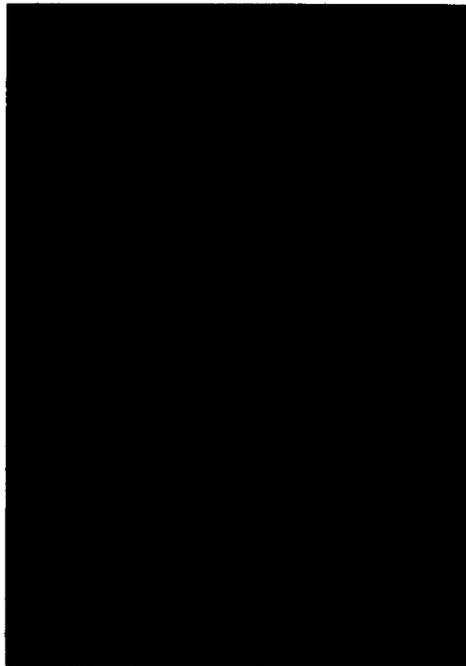
Néstor López Aldeco

Ningún personaje del intelecto ha despertado, en México, mayor polémica durante el siglo xx que don Salvador Novo, “[...] nadie fue tan inteligente, ni tan malvado como él”, dice Sergio Fernández en uno de los textos de *Los desfiguros de mi corazón*.

Considerado como uno de los mejores poetas mexicanos, “[...] ha dado expresión a su honda soledad y a su conmovida emoción amorosa” —anota María del Carmen Millán— en sus libros: *Espejo* (1923), *xx poemas* (1925), *Nuevo amor* (1943), *Seamen Rhymas* (1925). Compartió lauros artísticos con los poetas del conocido grupo de los *Contemporáneos*, sin embargo, no sólo destacó como gran poeta sino que produjo una extensa obra, variada y diversa, en estilo depurado y fino.

Prosa rica y colorida, salpicada de una fina ironía y gracia, atractiva y jocunda, propia de lo que él fue: un gran señor de la inteligencia. Don Salvador Novo, mi querido maestro, publica por primera vez en la revista *Prisma*, editada en París, y en la revista *México moderno*. Durante su vida incursionó en la crónica y en el ensayo periodístico a la manera de Bernardo Balbuena, recreándose en dibujar una grandeza mexicana, retrato fiel y ágil del México de 1946.

Se adentra en la novela y en la crítica, así como en la política, produciendo certeros análisis sociales e históricos —el de la vida en México durante el periodo de Lázaro Cárdenas o los correspondientes a los pe-



Salvador Novo.